

PARTE I. invadido. Pero seguian al ejército una porcion de personas, que movidas mas por el deseo de ganancia que de gloria, llevaban dinero y encargos de sus amigos para comprar los ricos despojos, ya fuesen esclavos, telas ó joyas, que esperaban habian de ganar sus compatriotas con la punta de la espada, como sucedió en Alhama <sup>21</sup>.

Adelanto del ejército.

Despues de caminar casi sin intermision toda la noche, entró el ejército en los tortuosos pasos de la Ajarquia, en donde hallaron tantos embarazos á su marcha por la clase del terreno, que la mayor parte de los habitantes de los pueblos por donde pasaban tenian tiempo para huir con lo mejor de sus bienes á las alturas y montañas inaccesibles. Los españoles despues de saquear todo lo que encontraban en las aldeas abandonadas, y de coger lo poco que se quedaba atras, ya fueran personas ó ganados, incendiaban las casas. De este modo adelantaron, señalando su camino con las devastaciones que acompañaban de ordinario á estas feroces correrías, hasta que las columnas de humo y fuego que se vieron en las cimas de los montes anunciaron al pueblo de Málaga la aproximacion del enemigo.

Medidas de los moros.

El viejo rey Muley Abul-Hacen, que se hallaba por este tiempo en aquella ciudad con un cuerpo de caballería numeroso y bien dispuesto, contra lo que habian dicho los adalides, quiso salir al momento á la cabeza de sus fuerzas; pero fué disuadido de hacerlo por su hermano menor Abdallah, mas conocido en la historia por el nombre de el Zagal ó el Valiente; epíteto arábigo que le dieron los moros para distinguirle de su sobrino, que era el rey que mandaba en Granada. Abul-Hacen confió á este príncipe el mando del cuerpo de la caballería armada con picas, y le dió orden de penetrar inmediatamente en la parte baja de la sierra, y salir al encuentro de los cristianos encerrados en los pasos estrechos, al mismo tiempo que otra division, compuesta principalmente de arcabuceros y arqueros, flanquearia al enemigo ganando las alturas, debajo de las cuales desfilaba. Este último cuerpo se confió á la direccion de Reduan Venegas, caudillo de linaje cristiano, segun Bernaldez, y que es por ventura el mismo Re-

21 Bernaldez, Reyes Católicos, MS., fol. 395.—Lebrija, Rerum Gestarum cap. 60.—Rades y Andrada, Las Tres Decades, 2, libro 2, cap. 2.—Oviedo, Anales, fol. 71.—Zurita, Anales, t. iv, fol. 320.—Zúñiga, Anales de Sevilla, diál. 36.

duan que los últimos romances moriscos pintan como la personificación del amor y del heroísmo <sup>22</sup>.

En tanto el ejército castellano adelantaba con alegre y descuidada confianza y con muy poca subordinacion. Las divisiones que iban en la vanguardia y el centro, perdidas sus esperanzas de saqueo, abandonaban la línea de marcha, dispersándose en pequeñas partidas para ir á robar el territorio comarcano; y algunos de los caballeros jóvenes mas fogosos tuvieron la temeridad de ir á desafiar á los moros hasta los mismos muros de Málaga. El gran maestro de Santiago era el único gefe que mantenía sus escuadrones en formacion y seguía su marcha en orden de guerra. Así se hallaban, cuando la caballería de los moros, mandada por el Zagal, habiendo salido de pronto de uno de los pasos de la montaña, se presentó delante de la sobrecogida retaguardia de los cristianos. Los moros se arrojaron al ataque; pero la bien ordenada caballería de Santiago se mantuvo firme. En el terrible combate que se siguió, los andaluces se encontraron sin poderse revolver, por la estrechez del terreno en que estaban, que no daba espacio para las maniobras de la caballería, mientras que los moros, instruidos en la táctica irregular de la guerra de montaña, ejecutaban sus ordinarias evoluciones, retirándose y volviendo al ataque con una celeridad que causó gran daño á sus contrarios y los puso al fin en algun desorden. Visto lo cual, el gran maestro despachó un mensajero al marqués de Cádiz, pidiéndole auxilio; y éste poniéndose á la cabeza de las fuerzas desparramadas que pudo recoger apresuradamente, acudió sin dilacion al llamamiento. Conociendo luego que se acercó el verdadero motivo del embarazo del gran maestro, consiguió cambiar el campo de la accion, sacando á los moros á una anchura del valle, que presentaba espacio despejado para los movimientos de los caballeros andaluces, y allí todos los escuadrones reunidos atacaron con tanto denuedo y esfuerzo á los musulmanes, que éstos se vieron obligados á refugiarse en la fragura de sus montañas <sup>23</sup>.

Entre tanto las tropas diseminadas de la vanguardia, con la noti-

Retirada de los españoles.

22 Conde, Dom. de los árabes, t. iii, p. 217.—Cardonne, Hist. d'Afrique et d'Espagne, t. iii, pp. 264, 267.—Bernaldez, Reyes Católicos, MS., cap. 60. 23 Conde, Dom. de los árabes, t. iii, p. 217.—Pulgar, Reyes Católicos, p. 204.—Rades, y Andrada, Las Tres Ordenes, fol. 71, 72.



PARTE I.

cia del combate, se fueron reuniendo á sus respectivas banderas, y vinieron á ponerse tras de la retaguardia. Entonces se llamó á consejo. Se opinó en él que les era imposible todo ulterior adelanto, porque el país se habia alzado por todas partes, y que lo mas que podia esperarse en esta situacion era que los dejaran retirar sin molestarlos con el botin que ya tenian. Para esto se les presentaban dos caminos: el uno que seguia por la costa del mar, ancho y llano, pero tortuoso y dominado en todo el tránsito de su estrecha entrada por la fortaleza de Málaga. Esta circunstancia los determinó desgraciadamente á preferir el otro camino, que era el mismo por donde habian penetrado en la Ajarquia, ó mas bien un atajo por donde pretendian los adalides conducirlos entre aquellos laberintos<sup>24</sup>.

Desastrosa situacion en que se encontraron.

Aquel pequeño ejército comenzó su movimiento en retirada sin abatirse de ánimo; pero iba embarazado con la presa que habia cogido, y por los obstáculos que cada vez se aumentaban mas en la sierra; la cual á medida que iban subiendo se presentaba cubierta de impenetrables matorrales, y cortada por espantosos barrancos abiertos por los torrentes de las montañas. Se veia á los moros reunidos en grupos considerables coronando las alturas, y como eran buenos tiradores, porque se ejercitaban en la puntería desde muy temprano, los tiros de sus arcabuces y arcos daban frecuentemente en algun punto descubierto del arnés de los hombres de armas españoles. Por último, el ejército, por la traicion ó ignorancia de sus guías, se encontró detenido al llegar á una hondonada ó barranco profundo cercado de altas y escarpadas rocas, por donde apenas podia subir la infantería, y mucho menos la caballería. Para aumento de calamidades, la luz del dia, sin la cual dificilmente podian esperar salir de aquella posición, se estaba acabando<sup>25</sup>.

En este extremo no les quedaba otro recurso que procurar volver por el camino por donde habian venido. Y como en semejante trance todas las demas consideraciones eran inferiores á las de la salvacion personal, se convino en abandonar el botin á tanta costa adquirido, que retardaba en gran manera los movimientos. Cuando dirigian tra-

<sup>24</sup> Mariana, Historia de España, lib. 25, cap. 3.—Pulgar, Reyes Católicos, p. 205.—Zurita, Anales, t. iv, fol. 321.

<sup>25</sup> Pulgar, Reyes Católicos, p. 205. Garibay, Compendio, t. II, p. 636.

CAP. X.

bajosamente sus pasos atras, vieron que la oscuridad de la noche se iba disipando en parte por numerosas hogueras, que brillaban en las cimas de las montañas, y dejaban ver las figuras de sus enemigos vagando como otros tantos espectros. Parecia, dice Bernaldez, que se iban moviendo miles de antorchas por los montes. Por último, el ejército, agobiado de cansancio y de necesidad, llegó á las orillas de un arroyo que corria por un valle, cuyas salidas, así como las escabrosas alturas que le dominaban, se veian ocupadas ya por el enemigo, que arrojaba una lluvia de balas, piedras y saetas sobre los cristianos. La masa compacta que presentaban los últimos ofrecia seguro blanco á los tiros de los moros, mientras que éstos por su posición desparramada, y por los reparos que encontraban en la naturaleza del terreno, solo estaban espuestos á muy poco daño por su parte. Además de los proyectiles pequeños, los moros desplomaban de cuando en cuando grandes peñascos, que rodando con furiosa violencia por los derrumbaderos de las montañas producian espantosa desolacion en las filas de los cristianos<sup>26</sup>.

El desaliento causado por estas escenas, vistas en medio de la oscuridad de la noche, y aumentadas por la gritería de los moros que los cercaban por todas partes, parece que hizo perder el tino completamente á los españoles y á sus gefes. La desgracia de la expedicion consistió en que reinaba muy poco concierto entre los diferentes capitanes, ó á lo menos en que no habia uno superior á los demas que tomase el mando en este terrible momento. Parece que en vez de procurar salir de aquella peligrosa posición, continuaron en ella sin saber qué partido tomar hasta media noche, en que por último, despues de haber visto caer muertos á su lado á muchos de sus mejores y mas valientes compañeros, resolvieron abrirse paso á toda costa y atravesar la sierra por medio del enemigo. "Muramos, dijo el gran maestre de Santiago á sus soldados, muramos abriéndonos paso á traves del enemigo, antes que dejarnos asesinar como pacientes ovejas<sup>27</sup>."

El marqués de Cádiz, dirigido por un adalid leal, y acompañado

<sup>26</sup> Bernaldez, Reyes Católicos, MS., cap. 60.—Pulgar, Reyes Católicos, ubi supra.—Cardonne, Histoire d'Afrique et d'Espagne, t. III, pp. 264, 267.

<sup>27</sup> Pulgar, Reyes Católicos, página 206.—Rades y Andrada, Las Tres Ordenes, fol. 71, 72.

Resuelven abrirse paso.



PARTE I. de sesenta ó setenta lanzas, tuvo la fortuna de dar con un camino tortuoso guardado con menos vigilancia por el enemigo, cuya atencion estaba fija en los movimientos del cuerpo principal del ejército castellano. Por aquel sendero el marqués con su pequeña partida, despues de una penosa marcha, en que se le cayó muerto el caballo que montaba abrumado de heridas y cansancio, consiguió llegar á un valle, á cierta distancia de la escena de la accion, en donde determinó esperar la llegada de sus amigos que confiaba seguirian sus pasos<sup>28</sup>.

Dificultades que encontraban.

Pero el gran maestre y sus compañeros, no dando con este camino en la oscuridad de la noche, ó acaso prefiriendo otro, trataron de subir la sierra por un paraje muy dificultoso. A cada paso la tierra movediza se les desplomaba debajo de las plantas, y como los de á pié procuraban ayudarse agarrándose á las colas y crines de los caballos, los animales, muertos de cansancio, arrastrados por el peso, rodaban con sus ginetes sobre las filas de atras, ó caian por los despeñaderos de aquellos numerosos barrancos. Los moros, evitando siempre todo encuentro formal, se contentaban con descargar sobre sus contrarios una lluvia incesante de proyectiles de toda especie<sup>29</sup>.

Terrible matanza.

Hasta la mañana siguiente no pudieron los castellanos llegar á la cima de la montaña, y despues empezaron á bajar al valle opuesto, que tuvieron la desgracia de ver dominado por todos lados por sus vigilantes enemigos, que á sus ojos no parecia sino que tenian la facultad de hallarse en todas partes. Cuando rompió el dia, su luz hizo ver á las tropas todo el horror del estado en que se encontraban. ¡Cuán diferentes de aquel lucido ejército que dos dias antes salió con tanta confianza y esperanzas por las puertas de Antequera! Sus filas diezmadas, sus brillantes armas hechas pedazos, rasgadas y perdidas las banderas, como la de Santiago, que quedó, juntamente con su valeroso alférez Diego Becerra, en el terrible paso de la noche anterior, y sus rostros con el sello del terror, del cansancio y del hambre. La desesperacion estaba pintada en todos los semblantes, y toda obediencia se habia acabado.

28 Pulgar, Reyes Católicos, lugar cit.—Bernaldez, Reyes Católicos, MS., cap. 60.

29 Pulgar, Reyes Católicos, página 206.—Mr. Irving en su "Conquest of Granada" dice que al lugar donde se verificó la mayor matanza en esta derrota le dan todavía los habitantes de aquel país el nombre de *La cuesta de la matanza*.

cia se habia acabado. Nadie, dice Pulgar, atendia ya al toque de la trompeta, ni á la señal de la bandera: cada uno buscaba su salvacion sin cuidarse de su compañero: quién arrojaba las armas creido de que así le seria mas fácil huir, cuando en realidad no hacia sino quedarse mas indefenso contra los golpes de sus enemigos: quién, abrumado de cansancio y de terror, caia y moria sin recibir una sola herida. Fué tal el espanto, que repetidas veces se vió á dos ó tres soldados moros coger á triplicado número de españoles. Algunos que se extraviaron volvieron hasta Málaga, y fueron hechos prisioneros por mujeres de aquella ciudad que los cogieron en los campos. Otros huyeron á Alhama ó á diferentes plazas lejanas, despues de andar errantes siete ú ocho dias por las montañas, alimentándose de las yerbas silvestres que pudieron encontrar, y escondiéndose durante el dia. Gran número consiguieron llegar á Antequera, y entre éstos la mayor parte de los gefes de la expedicion. El gran maestre de Santiago, el adelantado Henriquez, y D. Alonso de Aguilar, se escaparon subiendo por un paraje de la sierra tan peligroso que sus perseguidores no quisieron seguirlos. El conde de Cifuentes fué menos afortunado<sup>30</sup>: la division de este caballero se dijo que habia sufrido mas que todas: á la mañana siguiente del sangriento paso de la montaña se vió cortado del resto de sus fuerzas, y rodeado por seis caballeros moros, contra los cuales se estaba defendiendo con desesperado valor, cuando el gefe de éstos, Reduan Venegas, viendo la desigualdad, acudió esclamando: "Teneos, eso es indigno de buenos caballeros." Los que le atacaban se retiraron avergonzados, y dejaron al conde á su comandante. Entonces hubo un terrible encuentro entre los dos caudillos, pero la fuerza del español no correspondia ya á su ánimo, y despues de una breve resistencia se vió obligado á rendirse á su generoso enemigo<sup>31</sup>.

30 Oviedo, que consagra uno de sus diálogos á hablar de este caballero, dice de él: "Fué una de las buenas lanzas de nuestra España en su tiempo, y muy sabio y prudente caballero. Hallóse en grandes cargos y negocios de paz y de guerra." *Quincuagenas*, MS., bat. 1, quinc. 1, diál. 36.

31 Conde, Dominacion de los árabes, t. III, p. 218.—Zurita, Anales, t. IV, fol. 321.—Carvajal, Anales, MS., año 1483.—Pulgar, Reyes Católicos, ubi supra.—Bernaldez, Reyes Católicos, MS., cap. 60.—Cardonne, Histoire d'Afrique et d'Espagne, t. III, pp. 266, 267.—Aquel conde estuvo prisionero mucho



PARTE I. El marqués de Cádiz tuvo mejor suerte. Despues de esperar hasta el amanecer á que se le reunieran sus amigos, pensó que habrian salido de su apuro por diferente camino, y resolvió atender á su seguridad y á la de su gente; y con otro caballo que le dieron consiguió escapar, despues de haber atravesado los pasos mas dificultosos de la Ajarquia por espacio de cuatro leguas, y siguió hácia Antequera poco molestado por el enemigo. Pero aunque salvó su persona, las desgracias de esta jornada cayeron con mucho rigor sobre su casa, porque murieron á su lado dos hermanos suyos, y otro con un sobrino quedó en poder del enemigo <sup>32</sup>.

Pérdida de los cristianos.

Los escritores españoles convienen en que los muertos en los combates de los dos dias pasaron de ochocientos, y que fué doblado el número de los cautivos. La fuerza de los moros se dice que fué corta, y su pérdida en comparacion insignificante. Los cálculos numéricos de los historiadores propios no parecen muy fidedignos, como sucede ordinariamente, y las relaciones de los enemigos son muy escasas y secas en esta parte de sus anales, y no presentan dato alguno para comprobar los cálculos de los primeros. Sin embargo, no se puede creer que sean exagerados.

La mejor sangre de Andalucía se derramó en esta jornada. Bernaldez cuenta entre los muertos doscientas cincuenta personas de clase, y Pulgar cuatrocientas, con treinta comendadores de la orden de Santiago. Casi no hubo una familia en aquellas partes del Mediodía que no tuviera que llorar á alguno de sus individuos por muerto ó cautivo; y no se aumentó poco el dolor por la incertidumbre en que se estaba sobre la suerte de los ausentes, ignorándose si habian muerto en el campo, ó si andaban aún errantes en las malezas, ó arrastrando una existencia aun mas dura en las mazmorras de Málaga y Granada <sup>33</sup>.

tiempo en Granada, segun Oviedo, y por último fué rescatado por el pago de algunos miles de doblas de oro. Quincuagenas, MS., bat. 1, quinc. 1, diál. 36.

<sup>32</sup> Bernaldez, Reyes Católicos, MS., cap. 60.—Mármol dice que quedaron muertos tres hermanos y dos sobrinos

del marqués, cuyos nombres espresa. Rebelion de Moriscos, lib. 1, cap. 12.

<sup>33</sup> Zúñiga, Anales de Sevilla, folio 395.—Bernaldez, Reyes Católicos, MS., ubi supra.—Pulgar, Reyes Católicos, p. 206.—Oviedo, Quincuagenas, MS., bat. 1, quincuagena 1, diál. 36.—Mármol, Rebelion de Moriscos, lib. 1, cap. 12.

Algunos atribuyeron la desgracia de aquel dia á traicion de los adalides, y otros á la falta de concierto entre los gefes. El buen cura de los Palacios concluye su relacion de aquel desastre de la manera siguiente: "Era corto el número de los moros que causaron esta sensible derrota á los cristianos: á la verdad fué claramente milagrosa, porque podemos ver en ella la mano de la Providencia justamente irritada con la mayor parte de los que iban en la espedicion, los cuales en lugar de confesarse, recibir los sacramentos y hacer testamento, como corresponde á buenos cristianos, y á los que llevan las armas en defensa de la santa fe católica, dieron á conocer que no iban con buenas disposiciones, sino con poco respeto del servicio de Dios, movidos solo por la codicia y el deseo de una ganancia impía <sup>34</sup>."

<sup>34</sup> Reyes Católicos, MS., cap. 60.—Pulgar consagró muchas páginas á la desgraciada espedicion de la Ajarquia. Sus relaciones con las principales personas de la corte le permitian comprobar la mayor parte de las circunstancias que referia. El cura de los Palacios, por la proximidad de su domicilio al teatro de la accion, podemos suponer tambien que tuvo medios abundantes para adquirir los datos necesarios. Sin embargo, no es siempre fácil conciliar las relaciones de uno y otro, que son diversas, aunque no absolutamente contradictorias. Las operaciones militares complicadas no son muy á propósito para la pluma de escritores monacales. He procurado escribir una narracion conexa

comparando los autores musulmanes con los cristianos. Pero aquí, lo descartados que se presentan los anales arábigos, nos obliga á lamentar la prematura muerte de Conde. A la verdad difícilmente se puede creer que los moros se detuvieran á referir con mucha prolijidad aquella época para ellos tan humillante; pero poca duda puede haber, sin embargo, en que deben existir en las bibliotecas de España memorias muchas copiosas que las publicadas hasta ahora; y seria de desear que algun erudito orientalista supliera la falta de Conde, registrando las memorias auténticas de esta época, que por lo que hace á la España cristiana puede considerarse como la parte mas gloriosa de su historia.